



LA CIVILIZACION DEL CUERO



INTENDENCIA MUNICIPAL DE MONTEVIDEO
DEPARTAMENTO DE CULTURA

En un principio fueron los ganados: así reza el Génesis histórico de la Banda Oriental. En un principio fue la corambre: así contesta la racionalidad secularizada del comercio colonial. Y entre ambas aserciones asoman, con tácita persistencia, la *praxis* afirmativa de la cultura pastoril, el tostado rostro del pueblo de la tierra adentro, el ícono del cuero omnipresente en el trabajo y en el ocio, en la convivencia cotidiana y en el arcaísmo tradicionalista de la economía rural.

Nuestro territorio, vacío de colonizadores y pobre en indios pero rico en aguadas y pastizales, recibe en el siglo XVII el don de los ganados. Estos ganados vacunos, en parte traídos por orden de Hernandarias al sur del río Negro y en parte procedente de las estancias misioneras situadas al norte de dicho río, se van a reproducir prodigiosamente en las onduladas praderas del futuro Uruguay.

Los vacunos, abandonados a sus instintos, recaen en el salvajismo, se acimarronan, involucionan de la domesticación europea a la prehistoria americana. Riqueza modesta pero riqueza al fin, constituyen la Vaquería del Mar, las mentadas "minas de carne y cuero" que, con furioso desenfreno, iban a explotar muy pronto los portugueses de Colonia del Sacramento y los faeneros del "asiento inglés" del sudoccidente, los accioneros legales y los changadores clandestinos venidos del otro lado del río Uruguay, los camiluchos misioneros del norte y los bandeirantes del noreste, los indios del terruño y los "mancebos de la tierra", es decir, aquellos "desgaritados", "pasianderos" y "gauderios" sin ley ni Rey que hoy se reconocen como los antepasados del gaucho. Todos estos contingentes humanos vienen a caballo y así es como a los bovinos se suman los equinos y además los perros traídos por los colonizadores espontáneos. De este modo se conforma un bestiario alóctono que se superpone a la fauna autóctona del solar de las cuchillas, que se mezcla con ella y con ella se hace chúcaro, rebarbarizándose y modificando intensamente los ecosistemas nativos.

Surgen entonces el complejo cultural del vacuno y el complejo cultural del equino, como una estrella doble en el universo de las praderas. Ambos complejos, concernientes a la etnozoología, están condicionados por la presencia señorial del hombre y son condicionantes, a la vez, de un modo de producción basado no en la cría sino en la caza de las reses, no en el manejo empírico de las haciendas sino en la depredación parasitaria del ganado.

Los millones de cueros obtenidos a raíz de la sostenida e inclemente matanza de las vacas —se sacrificaban ochenta para obtener cincuenta cueros en condiciones de comercializar— dan lugar a las primeras fortunas y propician la denominada Era del Corambre.

El cuero, además de ser objeto de un activo comercio y un más activo contrabando, constituye un poderoso foco en cuyo derredor se constelan hombres y bestias, biología y economía, naturaleza y cultura. Se define así un tercer complejo: el complejo cultural del cuero que, conjuntamente con el del ganado vacuno y el del hombre de a caballo, forma el trípode polisémico sobre el cual se iban a fundamentar las estructuras, las funciones y los procesos dialécticos de la sociedad rural uruguaya de los primeros tiempos.

El cuero es el humilde y precioso material que objetiva los productos del trabajo y la artesanía, que conjuga el mandato material de la necesidad con las expresiones espirituales de la libertad creadora encarnada en la mente y la mano del hombre.

El cuero, en definitiva, es el alfa y el omega de una civilización rústica, heril en las estancias y anárquica fuera de ellas, llamada la "civilización del cuero" por Sarmiento en la Argentina y Zum Felde en el Uruguay. Materia prima abundante y a la vez excelente, barata y polifacética, reacia y dúctil a un tiempo a los requerimientos del artesano, el cuero de la Banda Oriental atraviesa, como una veta tenaz, todos los estratos ambientales y sociales de la cultura criolla. Es el denominador común de una democracia ecuestre, que prefiere, antes que las insinuaciones feudales de la propiedad territorial, el dominio de las reses semovientes, en tanto que bien mostrenco y comunitario. Y constituye, a la vez, un ejemplo relevante de la adaptación de las industrias domésticas a la única oferta del medio cuando el metal, casi ausente, y la madera, siempre escasa, no alcanzaban para organizar el sistema de los utensilios y abastecer el repertorio de los artefactos que, con la pletórica presencia del cuero, de laborales se convierten en ornamentales y de utilitarios se transmutan en artísticos.

El cuero aparece en la vestimenta del hombre, en los medios de transporte, en las viviendas y sus mobiliarios, en los instrumentos de trabajo, en las armas, en los adornos, en el mundo artesanal de los objetos. De recurso del medio natural se convierte en metáfora para la conducta pertinaz, en símbolo para la inteligencia recursiva, en emblema para la sencillez espiritual, en panoplia para las virtudes del coraje, de la frugalidad, de la hidalguía.

La artesanía del cuero se abastece de tarde en tarde con los animales de la fauna —el venado, el gato montés, el lobito de arroyo, el mano pelada, el carpincho, el zorro, etc.—, pero fundamentalmente, con la ganadería vacuna y con la ganadería caballar. En esta artesanía, situada en la etapa anterior a la curtiembre, no olvidarlo, confluyen dos corrientes culturales. Una, relativamente tenue, es la indígena. Esta domina el manejo de los cueros de la fauna nativa pero no el de las vacas y los caballos. Los indígenas aprovechaban el cuero de las presas obtenidas en la caza. Desde los tientos de las boleadoras al quillapí, desde las mantas de venado a las "camisetas" —así decía Azara— de piel de jagueté, el cuero, trabajado con frotadores de piedra y ceniza, constituía sin duda un material relevante en la vida cotidiana de los aborígenes. Otra corriente, la predominante, es la del colonizador ibérico. España y Portugal aculturaron en América usos y costumbres, animales y trebejos, artesanías y visiones del mundo, estructuras sociales y concepciones religiosas, jerarquías morales y armas ofensivas. Entre las múltiples herencias venía la del trabajo en cuero, notablemente refinado durante la permanencia de los árabes en la península.

Pero en el campo primigenio de la Banda Oriental todo es distinto. Hay que recrear de nuevo el mundo del trabajo. No es posible curtir los cueros. No se cuenta con los astringentes y curtientes necesarios, ni con las tinajas, los batanes, las prensas, los tambores, los operarios y los locales con instalaciones apropiadas. A falta del tanino y de maquinarias el ingenio popular, vivificando las tradiciones paleolíticas del indio y las tradiciones medievales del colonizador, se lanzó a la domesticación manual, física y no química del áspero y rígido fruto del corambre. De este modo nace una industria y se diversifica una artesanía del cuero en los oasis humanizados que rompían la monotonía del desierto verde.

¿Cómo se utiliza e incorpora el cuero a la vida del trabajo y a la atención de las necesidades materiales?

Dejemos de lado todos los aspectos concernientes a su obtención. Partamos del cuero en tanto que materia prima, que *res extensa*. En tal sentido el

cuero puede usarse fresco, ya "verde", ya salado y conservado en barricas. Puede usarse, y esto es más frecuente, seco y estaqueado. En ambos casos se trata del cuero natural, sin proceso alguno. Otras veces se le trata, sobándolo. Se le moja, se le manosea, se le macera, se le ablanda. Finalmente existe un proceso intermedio: se le malea apenas, dejándolo "redomón". Veamos ahora para qué y cómo se emplea el cuero fresco, recién extraído del vacuno o el yeguarizo degollado y desollado en un santiamén. Este cuero proporciona, al ser cortado con un filoso cuchillo rabón, finas tiras de distinta longitud. Con estas tiras frescas, casi calientes, con huellas aún de grasa y sangre, denominadas guasquillas, se ataban las armazones de madera de las carretas, de los ranchos, de los corrales de palo a pique. No hay alambre ni clavos pero el cuero los suple con creces. Al secarse las guasquillas se contraen y entonces aprietan y ligan firmemente todo cuanto envuelven. De tal modo adquieren consistencia córnea, casi pétrea, al punto que parecen formar parte originaria de los horcones, de las tijeras, de los entramados. Y así como se liga, con estas tiras también se empatilla, se recubre, se retoba, se dejan lisas las superficies "gauchas" —así se les decía en el puro español del siglo XVII a las superficies desparejas, antes de la aparición del gaucho como tipo humano—, se da suavidad al remate por donde se empuñan las picanas, las lanzas, las "manos" utilizadas en los pilones, las palas de cavar, empleando en este caso "cuero de epidemia", es decir, cuero de animal muerto pero aún no agusanado y podrido. Dicho cuero algo más quebradizo, es suave y lábil una vez que se seca.

Otro uso del cuero fresco es para hacer baldes y recipientes a los cuales se les da previamente forma hueca y se aprovechan los dobleces para que, una vez secos y cosidos no pierdan el líquido —agua, leche, cuajada, sangre— que los colma. Así también aunque cortando el cuero en anchas tiras, se recubren las llantas de madera de las ruedas de las carretas, "calzándolas" con un mocasín rústico que al cabo de muchas travesías por sierras, pantanos y blanqueales recién empezará a reclamar un sustituto. El cuero fresco de un vacuno sirve también para enchalecar a los delincuentes o simplemente a los enemigos condenados a perecer luego de una tortura sin alivios. A los "enchalecados" se les expone al sol y sobreviene entonces una muerte lenta y terrible: huesos quebrados, vísceras reventadas, pulmones al fin ahogados por el abrazo del cuero que a la postre se convierte en ataúd.

El cuero crudo, seco y estaqueado tiene distintos usos. De los cueros enteros o recortados, según el tamaño del animal y la edad del mismo —la textura de la piel del ternero y sobre todo del potrillo es más blanda y suave que la de los animales adultos— se hacen árganas, noques, estantes, asientos para las rústicas sillas. También salen de los cueros secos las hojas para las ventananas, las cuales dejan pasar la luz a través de tensas vejigas secas y cosidas; las puertas para los ranchos; los sostenes para las cujas y catres donde se duerme. Y son de cuero seco los techos que cubren las carretas, los buches que retienen los excesos de carga que desborda por la culata y aun la delantera de la caja de las mismas, las rastras que, arrastradas por un caballo, sirven para traccionar cargas a ras de tierra. A falta de botes y canoas, con el cuero se construyen "pelotas", o sea minúsculas embarcaciones para preservar los avíos personales cuando se cruzan las corrientes o para llevar al otro lado del río a un niño, a una mujer liviana, a un cura en viaje o a un forastero maturrango. El cuero crudo sirve para hacer artesanías, los únicos lujos conocidos por aquella humanidad retrogradada al neolítico pastoril. Los tientos se cortan en finísimas hebras y con ellas se retoban botones, se trenzan sortijas, se arman pasadores, entrecruzando con maestría y gracia un material

poco propicio y no obstante trabajado con paciencia, con imaginación, con aliento artístico. Así surgen adornos, aplicaciones, chuspas, receptáculos y mil detalles más de una parafernalia agreste, no exenta de coquetería y ternura. Sobre todo porque el trabajo del cuero, en las épocas primeras del poblamiento de la Banda Oriental, es cosa de hombres.

El cuero sobado, es decir, restregado, ablandado, domado mediante muchas y pacientes horas de labor manual se utiliza para fabricar el repertorio de los trebejos laborales, de las sogas para las boleadoras —ya las “tres marías”, ya las “ñanduceras”—, de los aperos que giran en derredor de la equitación criolla que es hípica y épica a un tiempo, pues con el caballo se trabaja, se viaja, se combate, se juega. Y para el caballo son los adornos, los primores. Con el cuero sobado se hacen las riendas, los cabestros, los bozales, las cinchas, a veces los fiadores —que suelen ser de cuero crudo—, las estriberas, los pretales, las baticolas, las maneas, los atadores, las encimeras, los correones, las soterías de los rebenques.

El apero reclama también su corambre, y anteriormente a las de suela las caronas “de vaca”, salían del cuero “redomón”, con el pelo para arriba, para que se afirmara mejor el lomillo.

El atuendo del hombre también tiene su porción de cuero. Las botas de potro, que merecen un capítulo aparte, se obtenían a partir del cuero sobado, al igual que el sombrero “panza ‘e burro”, los “tiradores” aun sin rastras y los “culeros” de los pialadores. Más tarde, en la época de la curtiembre, aparecen los chalecos de piel de lobito de río o gato montés, lujos inusitados en los primeros tiempos.

Finalmente debe citarse el cuero “redomón”, ni muy duro ni muy blando, que era apenas sobado para facilitar cierta rigidez en los ramales de los lazos torcidos, a los efectos de conservar abierta la armada, y en los tientos de los trezados.

Esta presentación, tan breve, apenas se aventura en el mundo del cuero. Los rebenques, arreadores y fustas, por ejemplo, forman una vasta provincia en este mapa del corambre, y entrar en ella supone tiempo y espacio, evocación memoriosa y deleite melancólico. Dejemos así las cosas. Detengámonos en el umbral: a la vista, tierra e historia adentro, el cuero, tan oriental como la patria vieja, nos aguarda con las primicias siempre renovadas de su ausencia y su presencia, de su tradición tan querida, de su viril afirmación del trabajo y el ingenio humanos.

AGRADECIMIENTO

Para organizar esta exposición se ha contado con la valiosa colaboración de las instituciones públicas y coleccionistas privados que detallamos a continuación:

Ministerio de Educación y Cultura
Intendencia Municipal de Florida
Ing. Alfredo Etchegaray
Dr. Augusto Montesdeoca Galagorri y Sra.
Sr. Yamandú Rodríguez

